
EN PORTADA

BREVE
HISTORIA DE
LA SINOFOBIA
EN FILIPINAS

Si bien este ensayo se centra
en los siglos XVII a XIX,
la sinofobia ha cobrado una
actualidad perturbadora a raíz
de la crisis de la Covid-19

LUIS CASTELLVÍ LAUKAMP

Pocas décadas después de la fundación de Manila (1571), la ciudad ya contaba con unos 30.000 inmigrantes chinos, en su mayoría trabajadores y mercaderes de la provincia de Fujian. El interés económico explica su presencia en el archipiélago, pues se encargaban de oficios básicos pero imprescindibles (artesanos, carpinteros, zapateros...). Igual de necesario era el comercio entre China y Manila llevado a cabo por los mercaderes chinos. Participaban del más amplio circuito del galeón de Manila, que desde 1565 hasta 1813 conectó la capital filipina con Acapulco.

Primeras percepciones españolas (siglos XVI-XVII)

Las relaciones sino-hispanas también fueron fecundas en lo cultural, como acreditan las espléndidas ilustraciones del *Códice Boxer* (1590-1593), fruto de la colaboración entre cronistas españoles y artistas chinos. Como apunta Manel Ollé, el carácter bicultural de dicho código sugiere “un escenario de fructífera simbiosis comercial y cultural”.¹

Sin embargo, el desequilibrio demográfico unido a la resistencia china a la conversión religiosa envenenó la convivencia, por lo que los chinos de Manila acabarían alzándose en cuatro ocasiones (1603, 1639, 1662, 1686). Dado que a lo largo del siglo XVII nunca hubo más de dos mil españoles en Filipinas, para reprimir las revueltas tuvieron que recurrir a aliados filipinos y japoneses. Los primeros cronistas de Filipinas² reflejan una convicción que se consolidaría con el devenir del tiempo: los chinos eran inasimilables a las normas culturales de España. El hecho de que los cabecillas de cada rebelión fueran chinos católicos –una minoría dentro de la minoría– acentuó la suspicacia ante las falsas conversiones.³ Desde 1603 hasta finales

1 Manel Ollé, ‘Un regalo inacabado. El Códice de Manila como testimonio de un proyecto fallido’, en Manel Ollé y Joan Pau Rubiés (editores), *El Códice Boxer. Etnografía colonial e hibridismo cultural en las islas Filipinas*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2020.

2 Pedro Chirino, *Relación de las islas Filipinas*, Roma, E. Paulino, 1604; Bartolomé Leonardo de Argensola, *Conquista de las islas Malucas*, Madrid, Alonso Martín, 1609; Antonio de Morga, *Sucesos de las islas Filipinas*, México, Gerónimo Balli, 1609.

3 Juan Gil, *Los chinos en Manila: siglos XVI y XVII*, Lisboa, Centro Científico e Cultural de Macau, 2011.

del siglo XIX, la creencia de que estos levantamientos enseñaban verdades sobre la naturaleza desleal de los chinos formó parte del imaginario colectivo de Filipinas.

La crónica de Argensola es paradigmática en este sentido. Ahora bien, su libro IV también reconoce méritos a China. Argensola era un cronista de oídas: nunca viajó más al este de Nápoles. Sus fuentes eran los cronistas españoles y sobre todo portugueses del siglo XVI, que evocan en sus obras el Catay de Marco Polo.⁴ Siguiendo esta tradición, Argensola alaba la riqueza y sofisticación del país en un pasaje que describe China como un poderoso imperio cuasi mítico. Sin embargo, sus elogios se tornan críticas cuando se refiere a los chinos que emigran a Manila. La segunda mitad de su crónica presenta la subtrama china como un cuento con moraleja: quien confía en los chinos acaba pagando un alto precio. Como ejemplo narra el asesinato de Gómez Pérez Dasmariñas –séptimo gobernador de Filipinas– en un motín de remeros chinos durante una expedición militar a las Molucas (1593). Por eso afirma que, a pesar de las virtudes de los chinos (laboriosidad, ingenio, etc.), no conviene fiarse de ellos. La prevención no obedece solo a razones (proto)raciales sino también religiosas, pues las nociones de genealogía y pureza de sangre –categorías clave del Siglo de Oro– estaban relacionadas tanto con el linaje como con la religión.

De hecho, la “raza” aún no había sido conceptualizada. Ningún cronista hubiera utilizado esta palabra con el significado que le damos hoy. En la lengua española de entonces, el equivalente más cercano tal vez fuera “nación”. Era habitual servirse de expresiones como “la nación de los indios” o “la nación china” para articular discursos esencialistas. En este sentido, Chirino, Argensola y Morga coinciden en los siguientes estereotipos sobre los chinos: (1) avaricia; (2) naturaleza

4 Bernardino de Escalante, *Discurso de la navegación que los portugueses hacen a los reinos y provincias del Oriente*, Sevilla, Viuda de Alonso Escribano, 1577; Juan González de Mendoza, *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran reino de la China*, Roma, Bartolomé Grassi, 1585; João de Barros, *Terceira Decada da Asia*, Lisboa, Joam de Barreira, 1563; Gaspar da Cruz, *Tractado em que se contam muito por estenso as cousas da China*, Evora, Andre de Burgos, 1569. Solo da Cruz conocía China de primera mano.

engañoso/tramposo; (3) tendencia a la traición; (4) afeminamiento y proclividad a la homosexualidad; y (5) dificultad para convertirse genuinamente al cristianismo. En consecuencia, los chinos también tenían (6) una influencia nociva sobre los filipinos, a los que se concebía como seres infantiles y estúpidos, si bien honestos.⁵

Dada la limitada perspectiva histórica de estos cronistas, sus generalizaciones no alcanzaron las cotas de épocas posteriores. Ahora bien, el discurso empezó a endurecerse a partir del siglo XVIII. Una carta del cronista Gaspar de San Agustín describe así a los filipinos: “conocido uno, son conocidos todos sin distinción”.⁶ A su juicio, no había diferencias individuales entre ellos, pues todos pertenecían al mismo “género”. Gaspar de San Agustín aplicó una lógica similar a los chinos, aunque no llegó a desarrollarla. Su correspondencia tuvo cierta influencia, y fue elogiada por una figura decimonónica como Sinibaldo de Mas, primer embajador de España en China.⁷ En cierto sentido, Gaspar de San Agustín ilustra la transición del (proto)racismo del siglo XVII al racismo científico del siglo XIX.

Campañas contra la inmigración china (1880-1898)

Tras las Guerras del Opio (1839-1842 y 1856-1860), China perdió su halo mítico. El asombro causado por el “descubrimiento” de Marco Polo y los cronistas portugueses del siglo XVI era, para aquel entonces, una mera reliquia. El periodista Pablo Feced, residente en Manila, sintetizó este desencanto en una columna: “No estamos ya [...] en aquellos tiempos en que se tragaban las gentes relaciones maravillosas de lejanas tierras” (*El Diario de Manila*, 13-8-1889). China se había convertido en un país débil y caótico que solo merecía desprecio. Por tanto, era lógico que generara emigrantes.

5 A diferencia de los chinos, no siempre se consideró a los filipinos un grupo homogéneo: el racismo científico del siglo XIX los clasificó en una escala que iba desde los más “civilizados” (blancos, altos y alfabetizados) hasta los más “bárbaros” (morenos, bajos y analfabetos). La muestra de filipinos en la Exposición Universal de San Luis (1904) representó esta jerarquía racista de varias maneras.

6 ‘Carta de Fr. Gaspar de San Agustín a un amigo suyo en España, que le pregunta por el natural ingenio de los indios naturales de estas Islas Filipinas’, Newberry Library, Ayer MS 1429, 1720.

7 Sinibaldo de Mas, *Informe sobre el estado de las islas Filipinas*, Madrid, 1842.

En la década de 1890, la cifra de inmigrantes chinos en Filipinas superó los 100.000. Aunque los chinos del siglo XVII potenciaron enormemente la economía de Manila, se los concebía como un grupo insular, poco comprometido con el archipiélago. Por el contrario, a finales del siglo XIX los chinos aportaron figuras relevantes a todas las esferas de la vida pública filipina. Tuvieron tal renombre que los filipinos que por cualquier razón destacaban –incluido José Rizal, el héroe nacional del archipiélago– eran sistemáticamente considerados “mestizos chinos” (mitad filipinos y mitad chinos), aunque no hubiera fundamento para ello.

Tanto éxito (sobre todo económico) levantó ampollas entre las autoridades españolas, que no tardarían en tomar medidas. El fenómeno ilustra una tesis clave del historiador Francisco Bethencourt: la discriminación racial no solo apunta a “grupos étnicos considerados inferiores, sino también a grupos considerados competitivos”.⁸ La sinofobia ha tenido una base de competencia económica en todos los sitios donde ha habido una comunidad china lo suficientemente grande. Los chinos filipinos son un caso de manual, dada su preponderancia en el archipiélago. Llegó a considerárselos una amenaza para el control español de Filipinas, por lo que los prejuicios étnico-raciales acabaron por eclipsar la fascinación inicial que se tenía por China.⁹ No es casual que en esta época proliferaran los libros y artículos sinófobos.

Dentro de este acervo destaca un panfleto escrito por Ramón Jordana,¹⁰ un texto que fue muy leído y citado en Manila, sobre todo por periodistas como el mencionado Feced. Jordana, un ingeniero forestal, tuvo una carrera destacada como funcionario colonial que

8 Francisco Bethencourt, *Racisms: From the Crusades to the Twentieth Century*, Princeton, Princeton University Press, 2013.

9 En América también fue muy común el desprecio por los culíes y otros inmigrantes chinos a la vez que se admiraba China: “El culí chino es un ser segregado de su país [...]. Injerta en el Perú su raza, mas no su cultura. La inmigración china no nos ha traído ninguno de los elementos esenciales de la civilización china” (José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979 [1928]).

10 Ramón Jordana, *La inmigración china en Filipinas*, Madrid, Tipografía de Manuel G. Hernández, 1888.

le llevó a varios destinos en el extranjero. Después de doce años en Filipinas (1873-1885), regresó a Madrid, donde publicó su panfleto. Jordana también divulgó una clasificación por razas de la población filipina con la intención de ayudar a resolver los problemas que tenía España en sus colonias.

Su panfleto, en el que se observa la influencia de los primeros cronistas de Filipinas, examina la inmigración china desde un punto de vista político, moral y económico. Por ejemplo, Jordana afirma que en la década de 1590 hubo un “plan de conquista fraguado en China, y que, por fortuna, no pudo realizarse”. Compárese con la citada crónica de Argensola: “No pasa ningún año sin amenazas de ejércitos chinos”. En realidad, la China de la dinastía Ming no tenía ningún interés en invadir el archipiélago. Ahora bien, Argensola refleja los temores de los primeros españoles residentes en Filipinas, que se sentían a merced del gigante asiático. Su inseguridad prefigura la ansiedad decimonónica de Jordana.

Su segundo capítulo, centrado en el aspecto político de la inmigración china, ofrece argumentos adicionales para ilustrar esta evolución del pensamiento racial. Con el paso de los siglos, el esencialismo se vuelve explícito y autocomplaciente. Por ejemplo, Jordana sostiene que no hay diferencia entre “los presentes y los pasados tiempos, en cuanto afecta a la inmigración china”. En su opinión, “el chino [...] en todas partes y en todos tiempos se ha mostrado tan turbulento como en Filipinas”. Ilustra esta afirmación con ejemplos de Estados Unidos y de Australia pues, según él, los anglosajones ya habían reconocido el error de aceptar a los chinos en sus territorios. Convenía, por tanto, tomar nota y releer a los cronistas españoles, que ya habían alertado del peligro.

El tercer capítulo de *La inmigración china en Filipinas*, dedicado al aspecto moral, deja claro que Jordana tiene una fe ciega en los cronistas Argensola, Morga y Gaspar de San Agustín. Presupone su veracidad por el mero hecho de que escribieran en tiempos remotos. Así, no es de extrañar que repita los tópicos de siempre: codicia, deslealtad, sodomía... Dado que estos vicios constituyen supues-

tamente la “naturaleza íntima del chino”, la inmigración de China tiene un efecto pernicioso sobre los nativos del archipiélago: “los chinos [...] contribuyen a propagar entre los indios¹¹ los hábitos del engaño, de la falsificación, del juego, del uso del opio y de un brutal sensualismo”. Las acusaciones específicas varían según la época, pero la visión del chino como corruptor se mantiene, al igual que sucede con la percepción del filipino como víctima inocente.

Dada esta preocupación por las Filipinas y sus nativos, Jordana comienza su cuarto capítulo, dedicado al análisis económico de la inmigración china, insistiendo en que las masacres de chinos perpetradas por los españoles del siglo XVII estuvieron justificadas. A diferencia de los primeros cronistas, que al menos reconocen la contribución china a la economía de Filipinas, Jordana ofrece una imagen típicamente decimonónica: la de los chinos como parásitos. A su juicio, Filipinas era “un árbol vigoroso con el tronco plagado de insectos”. La deshumanización del chino estaba alcanzando cotas inéditas hasta entonces y pueden citarse autores coetáneos para acreditarlo. José Felipe del Pan, un funcionario colonial, describió el barrio chino de Manila en estos términos: “especie de hormiguero por sus innumerables y pestíferos rincones”.¹² José Montero y Vidal, también funcionario y escritor, definió a los chinos como “verdaderas sanguijuelas [que] extraen para su tierra las riquezas del suelo filipino, sin proporcionarle utilidad alguna”.¹³

Pero fue aún más virulenta la prensa, y en especial el mencionado *Diario de Manila*, un periódico de referencia en Filipinas. Compárense las anteriores imágenes con esta metáfora de Feced: “Manila [...] es planta débil devorada por parásitos” (11-8-1889). Las columnas

11 En las fuentes hispanofilipinas, el término “indio” significa nativo filipino. La misma palabra identifica a los indígenas americanos desde tiempos de Colón. En el siglo XVI, se habla incluso de “indios chinos”. Pero el siglo XVII los llama “chinos” a secas, pues ya son percibidos como distintos.

12 José Felipe del Pan, *Los chinos en Filipinas. Males que se experimentan actualmente y peligros de esa creciente inmigración*, Manila, Establecimiento tipográfico de La Oceanía Española, 1886.

13 La invectiva fue publicada por duplicado, en un claro caso de autoplagio. Véase José Montero y Vidal, *Cuentos filipinos*, Madrid, Tip. del asilo de huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, 1883; José Montero y Vidal, *El archipiélago filipino*, Madrid, Imprenta y Fundición de Manuel Tello, 1886.

de este periodista también recurrían a analogías médicas: la “peste amarilla” (12-7-1889) y la “lepra asiática” (18-7-1889) eran socorridas porque evocaban la idea de enfermedad contagiosa. Un editorial sin firma del mismo diario comparó a los chinos con las sanguijuelas, la solitaria, los hongos... ¡e incluso con vampiros!¹⁴ Los artículos vierten todo tipo de acusaciones infundadas. Muchos de sus símiles están relacionados con el concepto de higiene social, tan en boga entonces, que se solía utilizar con fines racistas.

En este sentido, un arma con la que no contaban los primeros cronistas fue la noción de raza amarilla. El siglo XVII aún veía a los chinos como parecidos a los europeos. A juicio de Morga, por ejemplo, eran gente blanca. Seguía la tradición de los mencionados cronistas portugueses y españoles del siglo XVI, para quienes los chinos eran tan blancos como nosotros. Por el contrario, el racismo decimonónico enfatizó el supuesto color amarillo de la piel china. Según Rafael Comenge, un destacado político de la Restauración, “si el río de la inmigración china continúa, no será ya necesaria la invasión amarilla”. Por su parte, el recurrente Feced denunció la “repugnante carne amarillenta”, y contrapuso el color de los chinos a una supuesta blancura española: “Todo lo que hay aquí [Manila] de fétido, inculto y repugnante, amarillo; todo lo que hay de visible y aceptable, blanco”.¹⁵

Continuidades de la sinofobia

Ante este panorama, no es de extrañar que los sinófobos decimonónicos reclamaran medidas draconianas. Quizás sea esta la principal constante entre el siglo XVII y el XIX: la insistencia en la necesidad de expulsar a los chinos de Filipinas, o al menos limitar su número. El propio Argensola ya había afirmado que el archipiélago debía

¹⁴ Estos textos están reunidos en *China en Filipinas. Colección de artículos publicados en el Diario de Manila acerca de la inmigración asiática en el archipiélago*, Manila, Establecimiento tipográfico Ramírez y Compañía, 1889.

¹⁵ Rafael Comenge, *Cuestiones filipinas. 1ª parte. Los chinos*, Manila, Tipo-Litografía de Chofré y Comp.a, 1894; Pablo Feced, *Filipinas: esbozos y pinceladas por Quiquiap*, Manila, Establecimiento Tipográfico de Ramírez y Compañía, 1888.

“cerrar las puertas” a las “inundaciones de ellos”. Lo mismo propusieron cronistas coetáneos. Por su parte, tras describir a los chinos como una “invasora corriente”, Jordana sugirió circunscribirlos a trabajos agrícolas/manuales, una idea que pudo haber tomado prestada del diputado Francisco Cañamaque.¹⁶ Comenge y del Pan abogaron por reducir su número drásticamente. Feced, por reemplazarlos por inmigrantes blancos, en un anhelo típico de la época. Como puede apreciarse, los autores finiseculares fueron más detallados al sugerir políticas discriminatorias.

Dadas las diferencias en cuanto a terminología, imágenes racistas y propuestas, ¿podemos sostener que la sinofobia es idéntica en ambos períodos? Hasta cierto punto, sí. A pesar de la brecha temporal entre el siglo XVII y el XIX, muchos estereotipos se mantuvieron con notable homogeneidad. Además, con independencia de su fecha de enunciación, todas las solicitudes para impedir/reducir esta inmigración revelan un temor transhistórico ante el chino. Consciente o inconscientemente, Jordana, del Pan, Comenge, Cañamaque y Feced siguieron un camino abierto por los primeros cronistas. Si bien las distinciones conceptuales entre el Siglo de Oro y el XIX no son desechables, el pensamiento racial no cambió tanto de un período a otro como suele creerse.

La teoría postcolonial puede ayudar a entender estas continuidades. Al reseñar un libro sobre la visión occidental del islam, Edward Said elogió su “demostración de que es finalmente la ignorancia occidental la que se vuelve más refinada y compleja, y no el acervo del conocimiento occidental el que aumenta en tamaño y precisión”.¹⁷ Los textos españoles sobre China y los chinos producen una impresión similar. Se citaban o plagiaban entre sí constantemente, y pocos lograron salir del bucle. Obras abiertamente racistas fueron tomadas al pie de la letra solo porque sus autores habían viajado a China. A menudo se trataba de oportunistas en busca de éxito fácil, que

¹⁶ Francisco Cañamaque, *Recuerdos de Filipinas*, Madrid, Librería de Anillo y Rodríguez, 1877.

¹⁷ Edward Said, *Orientalism*, London, Routledge & Kegan Paul, 1978.

luego culpaban al país de sus propios fracasos. Por no hablar de los supuestos especialistas, los sinóforos enmascarados de sinólogos, una especie surgida en el Renacimiento que aún está lejos de extinguirse.

Si bien este ensayo no ha querido sobrepasar el siglo XIX, la sinofobia ha cobrado una actualidad perturbadora en el contexto del discurso de la peste. Ideas que parecían relegadas al pasado (China como fuente de infección; el chino como ser antihigiénico) rebrotaron con fuerza a raíz de la crisis de la Covid-19. Por desgracia, el racismo hacia los chinos no es un asunto remoto. Sin duda, su resurgir a partir de 2020 merecería otro artículo. 🐼

[El autor agradece a Ignacio López Calvo sus comentarios sobre un borrador anterior del presente ensayo.]

LUIS CASTELLVÍ LAUKAMP ES DOCTOR EN LITERATURA ESPAÑOLA POR LA UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE. TRABAJÓ COMO INVESTIGADOR POSTDOCTORAL HUMBOLDT EN LA UNIVERSIDAD DE HEIDELBERG Y OBTUVO LA PLAZA DE LECTURER IN SPANISH CULTURAL STUDIES EN LA UNIVERSIDAD DE MANCHESTER. AUTOR DEL LIBRO *HISPANIC BAROQUE EKPHRASIS: GÓNGORA, CAMARGO, SOR JUANA*.